

(Folklore)

IV



La IPágina de NIGOMEDES

MAMI: Juego Pugilístico De Origen Congo

Un 16 de diciembre de 1947, sabedor de que se festejaba el cumpleaños de la madre de don Porfirio, Sra. Fioriana Aparicio Vda. de Vásquez, me dirigí desde muy de mañana a la pintoresca casa del Jr. Huancabamba (distrito de Breña).

Bajo la enramada del patio de tierra, a la entrada del corralón, ya los hijos de la cumplimentada: Vicente "El Viejo", Carlos "El Decimista", Oswaldo "El Bailarín" y Porfirio "El Amigazo", con otros parientes más, rendíanle honores al trago favorito de los aucallaminos: ron de caña. Me uní al ruedo —luego de felicitar a la homenajeadá— y le entré fuerte a la caña. Seguirán llegando invitados, la mayoría mujeres.

De pronto, Vicente "El Viejo" avanzó tambaleante al centro del corro que formábamos. Creí que estaba mareado. Pero haciendo una ágil graciosa quimba, repentinamente aplicó a su hermano Carlos un soberbio golpe de puño en el plexo. Todos rieron y las hembras se acercaron un tanto. Carlos, ni corto ni perezoso, amagó pegar a Oswaldo, pero, sorpresivamente, aplicó certero puñetazo a don Porfirio. Este, sin pestañear, no dudó un instante en conectar su golpe a Oswaldo, que estaba desprevenido. Entonces, Oswaldo finteó hacia un tal Farfán, pero cuando menos lo pensó tenía su puño sobre mi cabeza...

No me llegó a dar. Les advierto que en esos tiempos mi amistad con los Vásquez era incipiente, no había mucha confianza. Así pues, Oswaldo, haciendo esfuerzos inauditos por contenerse, al mismo tiempo me gritaba "¡Corra, Santa Cruz!..." —mientras don Porfirio me "Amigazo", animaba a su hermano: "¡Dale, Oswaldo, dale!..." Total, que por no darme se echó a perder el extraño y peligroso juego.

Pronto estuvo la mesa puesta y empezó el festín de tamales, carapulca, frejoles batidos y zango. Luego, las guitarras trinaron en alegres valses y ya la cosa empezó a tomar tintes de verdadera jarana. La misma que, en el peor de los casos, duraría cinco o seis días... Pero yo no dejaba de pensar en lo absurdo y terrible del juego de los puñetazos. Ya nadie se acordaba de eso pero yo no lo olvidaba. No lo olvidé jamás.

Veinte años más tarde, estando en Cuba como invitado al Primer Festival de Canción Protesta (1967), entre los muchos libros que me obsesquiaron había lo que puede considerarse un "best seller": "Biografía de un Cimarrón" de Miguel Barnet. Se trataba del reportaje a un moreno de 104 años, llamado Esteban Montejo, hijo de esclavos y él, a su vez, esclavo fugitivo o "cimarrón". En un pasaje de este interesante libro, dice el protagonista:

"Había otro baile más complicado. Yo no sé si era un baile o un juego porque la mano de los puñetazos que se daban era muy seria. A ese baile le decían maní. Los maniseros hacían una rueda de cuarenta o cincuenta hombres solos. Y empezaban a dar revés. El que recibía el golpe salía a bailar. Se ponían ropa corriente de trabajo y colores y de dibujos (...). Para que los golpes del maní fueran más calientes, se cargaban las muñecas con una brujería cualquiera. Las mujeres no bailaban pero hacían un coro con palmadas. Daban gritos por los sustos que recibían, porque a veces caía un negro y no se levantaba más. El maní era un juego cruel. Los maniseros no apostaban en el desafío (...). Lo que sí hacían algunos dueños era cohibir a los negros de darse tantos golpes, porque a veces no podían trabajar de lo averiados que salían. Los niños no podían jugar..."

Leyendo este libro recordé inmediatamente el extraño juego en casa de los Vásquez. ¿Sería el mismo maní lo que jugaron esa inolvidable mañana en el corralón de Chacra Colorada? Para mí, que ellos no sabían ni cómo se llamaba. Pero comparando lo visto y vivido con la descripción del "Cimarrón", casi no me quedaban dudas. Total, la esclavitud no se fue con Castilla sino perduró —sobre todo en provincias— hasta fines del siglo pasado. Si se tratara de alguna práctica yoruba hubiese dudado pero el maní es congo y congos fueron la mayoría de nuestros antepasados, Congos y angolas, que es casi lo mismo.

Esforzando la memoria, recordé que en otra oportunidad practiqué este mismo juego de los puñetazos con los hijos mayores de don Porfirio, pero esta vez fue con baile. Y ya no me agarraron desprevenido pues me despaché una serie de buenos puñetazos. Y ahí sí, hubo sangre.

ORTIZ: MANÍ O BOMBOSA
Al retornar de Cuba, traje conmigo algunas obras de ese sabio y pionero afroamericano que en vida fuera don Fernando Ortiz Fernández —falleció en La Habana el 10 de abril de 1969, a los ochentiocho años de edad—. Así, en "Los instrumentos de la música afro-cubana", (Vol. III, pág. 449) hay un capítulo titulado "El tambor diablo o de maní", que dice:

"En Cuba fue muy frecuente el llamado juego y baile de maní, que en Las Villas también se conocía por el nombre de Bombosa. Así lo define Martínez Moles: "Baile de negros africanos que consiste en contorsiones, simulando pegarle al que uno tiene más cerca; pero haciéndoselo al que se encuentra más lejos y descuidado". Este baile se decía juego de maní y era tan juego como danza, un muy curioso juego gímnico, antaño muy frecuente sobre todo en los pueblos de Matanzas, y Las Villas; y hasta hace una veintena de años solía bailarse en el barrio de Los Pocitos, de Marianao. Aunque se decía prohibido, siempre tuvo allí la tolerancia y hasta la protección nada criticable del que fue populárrimo alcalde, el liberal Baldomero Acosta.

"El juego de maní consiste fundamentalmente, en una especie de pugilato, durante el cual, un jugador que está bailando trata de abatir con un fuerte golpe de puño cerrado a uno de los varios participantes que están a la defensiva, formando un rollo o corro a su alrededor. Algunos maniseros se ataban la mano izquierda a la espalda para jugar sólo con la diestra, pero esto no lo usual. El baile y juego de maní era de hombres solos; pero se cuentan algunos casos de mujeres marimachos que gustaban de participar en el juego y daban buenos trompones. Los maniseros iban descalzos, desnudos de la cintura para arriba y con calzones cortos o subidos a la rodilla; sin armas; insignias ni otro adorno que algún pañuelo de vivos colores colgando de un ancho cinturón de cuero que les protegía el vientre.

"A veces los criollos llamaban tambor diablo al de maní, pero no se trataba de un instrumento. (...) Con frecuencia el golpeado caía hacia atrás sin sentido; pero en otras ocasiones era el bailaror quien agredía a otro con tales ímpetu y desacierto que el agredido, con ladearse a tiempo, lo hacía fallar, perder el equilibrio y caer de bruceos entre los sujetos de la rueda. Era inminente el riesgo de recibir serias heridas que podían ser mortales. Las lesiones se curaban con una infusión de aguardiente y orines, en la que se echaba de "mascón", o mascada de cabos de tabaco. Cerca de la rueda se ponían bateas con agua para lavar la sangre de las heridas graves, como un "rompío" de ojos, un "arrancao" de orejas o las desgarraduras de labios y mejillas que eran usuales. Cuando uno "quedaba privado", le echaban agua fría a los pies, a que tornase en sí. Y si uno moría... "no pasaba ná..." El muerto era apartado y el juego continuaba, pues una vez iniciado éste no podía suspenderse y seguía hasta su fin. Al ganador, cuando se llevaba el premio, todos debían congratularlo y le estrechaban la mano".

